

todo el aire de una predicación protestante, pues pastor luterano era, y su eco tuvo la resonancia de un llamamiento á la guerra civil religiosa. Como los clérigos desempeñan ministerios tan pacíficos, siempre que un sacerdote ó un devoto de cualquier religión habla en los asuntos políticos, parece trocarlos en asuntos religiosos. Y Lassource había com puesto en su magín mil dramas de traidores, donde hacían los primeros papeles todos sus enemigos. Y, en este delirio de las persecuciones, hizo jurar á la Convención que apuñalaría en el acto, sin forma de juicio, cualquiera de sus diputados aspirante á la monarquía ó á la dictadura. Y mientras se prestaba este trágico y terrible juramento, la Convención entera tenía los ojos puestos en el tribuno, quien miraba todo aquello con olímpica indiferencia, como si sus enemigos fueran los náufragos y él redentor de todos. Así, las acusaciones de Lassource únicamente le merecieron despreciativa sonrisa. Pero cuando un girondino contó el chisme de que Fabre, dantoniano, había dicho no poder salvarse Francia sin un Rey, exclamó Dantón furioso: «Malvados, habéis defendido al Monarca, y nos imputáis vuestros crímenes.»

Este botonazo de fuego produjo efecto inmediatamente. La jauría, soltada contra Dantón, dejó de aullar y de morder, volviéndose á su madriguera muy castigada con tamaño golpe y muy recelosa de recibir otro golpe nuevo con otro nuevo castigo. Un grande silencio, signo de reflexión, prenda de cordura, nuncio de apaciguamiento, sucedió á las vociferaciones provocadas por los catilinarios discursos de Lassource. Pero no podía callarse Dantón, dado su temperamento. Así que pudo, se lanzó de un salto á la tribuna con celeridad vertiginosa, y respondió á los cargos dirigidos sobre su honradez con claridad y prontitud. Cien mil escudos le habían entregado para gastos de su comisión en Bélgica. El acusado se dirigió á Cambón, sobre cuya probidad no había duda posible, y le conjuró á que testificase cómo los cien mil escudos se habían empleado en lo dispuesto por el Parlamento, sin distracción de un sólo cuarto. Cambón corroboró con toda lisura, en su honradez nativa, sin reservas ni ambages de ningún género, lo dicho en propia defensa por la ingenua sinceridad de Dantón. Fundada en bases incommovibles tamaño parte de su justificación, el tonante orador entró de lleno y con paso firme y con serenamente y con abundosa palabra en el terreno político, donde podía moverse á sus anchas, por ser la política el aire más propio de su alma, siempre militante y siempre tormentosa. La primer acusación suya cayó sobre la frente del acusador, de Lassource, quien se callara con jesuítico silencio la coparticipación en el viaje á Bélgica reclamada por Dantón á los girondinos con tenaz insistencia. Dicho esto, demostró como hubiera más puntos de contacto entre Dumouriez y los girondinos que entre Dumouriez y su persona. El general había querido siempre la independencia de los belgas y no su incorporación á Francia; y la Gironda, por escrúpulos de legalidad, habíale seguido por tan procelosa vía, mientras él siempre fuera enemigo de la independencia de Bélgica y amigo de su incorporación á Francia. Y después

de haber apoyado su probidad económica en el testimonio de Cambón, apoyó su probidad política en el testimonio de Camus. Este, literato de profesión, antiguo bibliotecario del Parlamento, muy ajeno á las intrigas cortesanas, muy dado á sustituir la grandiosa liturgia católica con obras de caridad y de virtud, pasaba por ser como una personificación en lo político de la verdad, y como una personificación en lo moral de la justicia. Teniendo tales sendos apoyos en lo moral y en lo político, Dantón se irguió, hasta rehacer toda su titánica estatura intelectual, y rompiendo en uno de aquellos discursos, á primera vista sólo tonantes y relampagueantes, en realidad cargados con una eléctrica, pero beneficiosa lluvia de ideas. Las actas del Parlamento, que tengo á la vista, hoy mismo parecen vibrar al sacudimiento y empuje de aquellas encendidas é incendiarias pasiones, las cuales hacían de su pecho un Etna en erupción perpetua. Lo primero que intentó fué dar en rostro á los girondinos con su proceder incierto y perplejo durante la causa y sentencia del Rey. Y como supiera cuánto la ingenuidad le servía en aquel trance contra la doblez, confesó en pública confesión sus dudas respecto de tal asunto, con los asaltos que diera la compasión á su debilidad; y volviéndose á la Montaña, le dijo que no se había equivocado un punto, ni vacilado un instante, por lo cual merecía bien de la humanidad y de la patria. La Montaña entera se levantó á loarle y aplaudirle, apareciendo con aquella corona radiante y tempestuosa el genio sublime de los combates parlamentarios. «Nada de transacciones, decía, entre los patriotas que han querido la muerte del tirano y los cobardes que, por salvarle, han calumniado á Francia. Pido, pues, añadió al concluir, un examen prolijo sobre los procedimientos de aquellos que han querido salvar al déspota y las maquinaciones de aquellos que han maniobrado contra la unidad de nuestra República. Yo acabo de parapetarme con cuidado en el fortín de la razón; y no saldré sino con el cañón de la verdad, confundiendo á todos mis acusadores.» Tal alegoría churrigeresca, muy del gusto entonces reinante, hoy nos disgusta con profundísimo disgusto. Dantón, aunque las leyes imitativas, á cuyo poder estamos todos sujetos, no le preservaban del mal estilo imperante, cedía con menos frecuencia que los demás oradores á su imperio. Quien descollaba en estos achaques del gusto retórico, echado á perder por la garrulidad de los clubs, y muy caído de la nobleza ostentada en el Congreso Constituyente por Mirabeau y sostenida en el Congreso Legislativo por Vergniaud, fué Robespierre, el cual para en todo asemejarse á los jesuitas, pecaba del mal gusto de los jesuitas en materias oratorias. Era Dantón de aquellos que, cuando se abandonaba más á su astro personal, menos perdía de vista el dominio sobre sí propio. Herido mortalmente por los girondinos, intentó reconciliarse con Robespierre; y, para reconciliarse, no tuvo á mano recurso mejor que mostrarse discípulo en retórica de Robespierre. Y lo empleó.

Con una grandiosa espontaneidad la Convención se salió de madre á los fulminantes latigazos del tribuno y fué rodando á sus plantas y poniéndose á su merced. Nada tan di-

ficil como historiar las emociones del Parlamento francés. A cada paso impera una voluntad y bajo este imperio se toman los acuerdos más incoherentes hoy, á reserva de revocarlos mañana. Ninguno tan demostrativo de la susceptibilidad para conmovirse del Parlamento francés como estos cambios respecto de Dantón. Antes de que hablara, todos le reconvenían pública ó secrètamente, por su inteligencia con Dumouriez; después de haber hablado, todos le sacaban en triunfo por lo dicho respecto de Dumouriez. La intensidad increíble del efecto producido llegó tan lejos, que la sospecha se asentó en la presidencia del Congreso y las calumnias corrieron como serpientes sueltas por el suelo, mostrando sus ponzoñosos áspides, sin que nadie les quebrantara la cabeza. Los calumniadores besaban á Dantón, en Marat convertido, como si besaran el ídolo de su venganza. Marat volvió á moverse con furia y á maullar con estridor indecible, humeando la carne fresca y la sangre caliente. «Apresurémonos, exclamó, en la plenitud del oficio de delator, á examinar el proceder de ministros, generales, diputados; y caiga quien caiga.» El diputado Biroteau, secundando á Marat, exclamó: «revoquemos la inmunidad parlamentaria.» La Convención, dementada, fuera de sí, desconociendo lo que hacía, decretó este horrible suicidio. En aquel incendio de pasiones, al adoptar tan increíble acuerdo, cada diputado se metía un puñal en el pecho. Este discurso de Dantón echaba por tierra uno de aquellos grandes muros llamados muros de contención, que impedían al Parlamento cometer uno de los más horribles crímenes perpetrados por la Humanidad en su Historia. ¡Cuán poco tiempo había de pasar entre aquel súbito golpe mortal y la imposición de reconciliaciones indispensables, aunque tardías, encaminadoras á la universal y común salvación. Por aquellos momentos sólo se veían los cedros del Líbano desarraigados del suelo por los ciclones y corriendo en los espacios á merced por completo de las violentísimas ráfagas. Aquella misma tarde la Comunidad, motor desenfrenado de la Convención, inventó nueva barbaridad conducente al abismo de los abismos, á la guerra civil. Corría el primero de Abril, y fundó un comité de insurrección, sin saber por qué, ni contra quién, pues toda insurrección iba entonces contra la República. Por no desmentir la naturaleza que le habían dado y no desmentir el fin para que lo fundaran é hicieran, dispuso que todas las armas disponibles se repartieran á roso y belloso entre todos los voluntarios, hasta las piezas de cañón. Lo peor del caso estaba en que, teniendo una responsabilidad tan legítima y natural todos los armados, entregábanse las armas á gentes sin responsabilidad. Las secciones municipales, de quien la Municipalidad se valía, presentábanse como terrenos de aluvión acarreados por súbitas pasiones á la Comunidad y disueltos al día siguiente. Ni las muchedumbres adscritas á ellas, ni los jefes que las dirigían, ni las opiniones que sobre tan fugaces organizaciones reinaban, tenían ninguna permanencia, y por ende, ninguna fianza ofrecían de acierto y de seguridad. Parece imposible, pero tuvo un claro de buen sentido la facción jacobina. Su club reprobó aquella institución de anarquía forjada

por el ayuntamiento en una terrible noche de insano delirio. Al entrar en la sesión un individuo de tal comité, fué arrestado y recluído en las prisiones del Club. Tal acto de valor dió fuerzas á los menos confiados y decisión á los más irresolutos. Un movimiento de opinión se pronunció por el pronto término de aquellos comités, quienes, ó no habían de insurreccionarse contra nadie, ó habían de insurreccionarse contra la República. Y este movimiento derribó en veinticuatro horas la institución erigida en un verdadero acto de locura. Y cuando parecía que los ánimos populares iban entrando en caja, la traición del general surge, y surge sin dejar ningún atenuante, ni excusa, en toda su horrible desnudez. Los comisarios expedidos por el ministro Lebrun y vueltos á París contaban la triste realidad, sin que pudiese dar ocasión á dudas de ningún género. Un reguero de pólvora corrió por toda la reunión. El pueblo francés, su República, su territorio, eran víctimas de una traición sin ejemplo.

Lo que más patentizaba la traición de Dumouriez era su inagotable y escandalosa garrulidad. Aquel hombre aprendiera en los palacios la estimación dable al silencio; y no refrenaba su lengua en casos tan graves, y ponía en el secreto de las confidencias de su traición y en los proyectos, congruentes con la traición, á todo el mundo. En aquella tragedia, por él representada con tan crudo realismo, iba tomando de interlocutores á cuantos en su paso topaba. La noche del veinticinco de Marzo, mil ochocientos noventa y tres, noche transcendente á todo el siglo pasado y á nuestro siglo expirante. Dumouriez con Mack cenó; y, desatinando sin tasa, le habló como si Mack fuese Coburgo, cuando Mack había ido con el deliberado sistema de no aceptar cuantos compromisos le parecieran provechosos y rechazar los para él nocivos, aunque los hubiera sancionado con su palabra y con su juramento; perfidia más que púnica. Tras copiosos manjares y más copiosos vinos, después de haber tragado y trincado, como si aquel entierro de la honra fuese bautizo de algo patriótico y bueno; Dumouriez presidió un verdadero consejo político, al cual asistieron, amén del enviado militar austriaco, todos los Orleans del ejército y su gran protector y amigo, el general Valence. Aquí acabó el traidor de patentizar la traición, proyectando á las claras y sin rebozo dispersar el Parlamento; prender los diputados; restituir á Francia la Monarquía, personificada en el pobre Delfín; salvar á la Reina de su cautiverio en el Temple; convertir los entusiastas voluntarios de la República en soldados forzosos de la Realeza; conseguir en el viejo continente la reacción universal. El austriaco respondió con frialdad, sin deslumbrarse á los espejuelos de tantas promesas, excelentes para coger alondras, inútiles para coger gavilanes, pues á Coburgo le importaban un comino tamaños proyectos sobre la política interior de Francia, deseando únicamente que no quedase, por motivo alguno, en Francia un francés con armas. Tan cínica respuesta hizo dar á Dumouriez un respingo, y con la volubilidad propia de su temperamento, desandar el camino recién andado y escupir por el colmillo, como si, tras aquellas conversaciones, fuese un

general que pudiera disponer de su autoridad antigua y de su fiel ejército. «Yo soy tan fuerte, replicó en seguida con la sangre agolpada grandemente á la cabeza por el vino apurado y el menosprecio austriaco, yo soy tan fuerte como los alemanes, y sabré defenderme contra todo y contra todos, pues aguardo considerables refuerzos.» Unicamente á un hombre que hubiera perdido el seso podía ocurrírsele amenazar en el inmundo chalaneo de aquella compra venta con los que acababa de vender á quien los acababa de comprar. Así, un gesto despreciativo de Mack bastó para conjurar el vértigo causado por el champagne recién bebido y por el desprecio recién probado. «Ah, exclamó el cuitadísimo volviendo atrás en la vía donde se metiera, los Países Bajos fueron presa, por el triunfo asignado sin detención al más favorecido de los combatientes; yo he dado seguidas dos batallas, y en ambas la fortuna me vuelve la espalda; no tengo más remedio que resignarme á los decretos de la guerra.» Así, tomó el cáliz en su tembloroso puño y lo agotó hasta las heces. Los fuertes belgas quedarían libres de toda guarnición republicana, y Coburgo limitado á observar los movimientos del ejército por él comprado y sostenerse á retaguardia. Tres semanas pidió el vendido para concluir y rematar la venta. Por medio de marchas dobles pasaría su ejército sobre las poblaciones republicanas, tendidas desde las fronteras á París, arremetiendo con ellas, en la seguridad de tenderlas sobre los surcos de sus campos, como trigos pisoteados por una tremenda irrupción; llegado á París, nada tan hacedero como dirigirse con sus tropas entusiasmadas al club de los jacobinos, disolverlo, y fusilar en su puerta los muñidores y los cabecillas; disueltos los jacobinos, pareciale cosa de poco empeño llenar las sedes curules de la Convención revolucionaria con los soldados de la reconquista; y disueltos jacobinos y convencionales, promulgar una razonable Constitución, en que la nobleza recobrase todos sus antiguos privilegios, trasladando el sistema inglés de las excepciones históricas al santuario de la igualdad; olvidado de que, si triunfara en Valmy sobre los alemanes y en Jemmapes sobre los austriacos, triunfara en nombre de la República y al son de la Marsellesa, las cuales debían ser reemplazadas por una Monarquía ya consumida y por una restauración de los antiguos afectos y de las antiguas creencias, del todo imposible. Lo peor del caso estaba en que, no habiendo ido aun hasta ultimar la venta, ya pedía una parte de su importe, reclamando veinte mil luses de oro en París, necesarios al cumplimiento de todos estos planes, y aprontables por Coburgo, quien se resistió en un principio; pues, para venta de tal transcendencia pareciale cosa bien despreciable y baladí el mezquino adelanto de una parte del importe, y lo entregó al fin, como quiera que, aun perdiéndolo, nada se perdía con tan despreciable cantidad. Como estaba ebrio de cólera Dumouriez, no sabía sino tropezar con todos cuantos objetos grandes y pequeños surgían á su perturbada vista.

El veintiséis emprendió su diabólico viaje á Francia, dando de manos á boca con tres emisarios del Poder ejecutivo francés, enviados á sublevar Holanda, y vueltos sin haber

cumplido su encargo por culpa de Dumouriez y las horribles perplejidades propias del general, tan dañosas á la República francesa como favorables á la reacción europea. Dumouriez no les ocultó ningún repliegue de su corazón y no les calló ninguna minucia de su plan. Uno de los comisionados le interrumpió diciéndole que todo aquello estaba muy bien; pero, á una sola condición; tener fuerzas bastantes á intentar las soñadas restauraciones, imposibles de conseguir en la práctica entonces. «Harélas, exclamó Dumouriez en su natural petulancia, y harélas con mis soldados.» «No los creo mamelucos», le replicó el comisario. «Por de pronto, no serán mamelucos, respondió Dumouriez; pero yo los cepillaré y los pulimentaré y los disciplinaré, consiguiendo no haya unos mamelucos parecidos á ellos en obediencia por todo el Oriente; pues; desde nuestro campo y cuartel atrincherado, desde cualquiera plaza fuerte dirán que se restablezca la Monarquía en Francia y la Monarquía quedará restablecida por Francia.» Los interlocutores, pasmados de tan inverosímil temeridad, respondíanle cómo le atajaría el paso un decreto de la Convención, cuyas disposiciones le arrestarían en el acto, levantando á los soldados el deber de obediencia con el juramento de fidelidad. A esta fundada observación el cuitado alzó los hombros con menosprecio, diciendo en su necio amor propio y en su increíble satisfacción de sí mismo «como estaba penetrado de que nadie sería osado á tocarle ni el pelo de la ropa, circuido como se hallaba de soldados fieles, á quienes soltaría contra sus enemigos, seguro de que harían en sus carnes profunda presa.» Y echándose á reir, después de hablar tan militarmente, saltó lo que había en él de bufón, y exclamó: «por lo respectivo á mí, nada me importa: hincó mis espuelas en el vientre de mi caballo; doy un ligero galope y cádate allá en Austria.» Parecía loco. Ya lo facilitaba todo con el mayor aturdimiento; ya caía en la desesperación y en el escepticismo de un poeta melenudo y pesimista. Con frecuencia se ponía el infeliz á departir consigo solo, y presentaba junto á las perspectivas de levantar un trono, siendo su protector, la perspectiva de subir á un cadalso erigido para él solo por la cólera de los convencionales. Lo cierto es que, tras la indecente conversación sostenida con los emisarios del Poder ejecutivo y los insultos vomitados en sus rostros, no le quedaba más remedio que una suprema resolución; y nada resolvió. Dejó que en aquellos lugares mismos los comisarios del Poder ejecutivo contaran á los emisarios del Poder legislativo cuanto Dumouriez les confiara y les dijera. Estos comisarios últimos conjuraron al general para que fuese á su presencia. «Venid, les respondió tres ó cuatro de vosotros; yo me defenderé; mas, os advierto, cuán imposible para mí el mandar y el defenderme al mismo tiempo.» Así, empleó el método más expeditivo; dejó de hablar con los delegados de la Convención, y dirigióse á la Convención en totalidad, notificándole «su resolución de convertir los consejos suyos dados á tan excelso cuerpo en órdenes, que si quedaban incumplidas, haríalas él cumplir por la fuerza. Pensad mucho en negociar, les añadía; puesto que ninguna probabilidad os queda de combatir; pues los generales mante-